

parece que el camastrón de San-Vicente es una especie de canciller, y seguramente es más accesible que su soberano, que está prevenido contra ti. Infórmate de ese simpático viejo. Si descubres que es un perfecto bribón, habrás ganado la mitad de la partida, porque, « dime con quién andas y te diré quién eres »... Y si el tío es un pillo, habrá que suponer que el sobrino no es un dechado de virtudes.

— Sí, todo eso que me aconsejas, está muy bien. De todos modos, voy á desaparecer para tranquilizar al enemigo. Me eclipse y en seguida me olvidan. Yo permanezco en París mientras mi madre continúa á orillas del mar, y Prédalgonde se entretiene limpiando bancas. Cuando la estación concluya todo el mundo vuelve, y entonces empiezo yo mis operaciones.

— Perfectamente; eso me agrada. Á fines de mes iré á verte, para que me digas lo que has averiguado. ¿Qué vas á hacer hasta entonces?

— De aquí á allá, casaré á Frégose, y me ocuparé en ganar ciento cincuenta mil francos.

— Querido amigo, tienes para un año, trabajando mucho.

— Pues por un año, así me distraeré.

Devienne cogió su sombrero, sus guantes y su bastón, y exclamó volviéndose hacia su amigo:

— ¡Las doce! Vamos á almorzar. Después te acompañaré á la estación.

## VIII

Hiénard estaba en su estudio trabajando afanoso en el bajo relieve que representa *El Invierno* y que ahora adorna la admirable chimenea hecha por él para Oppenheimer, cuando Frégose entró. Hacía tres meses que se había casado con Clementina y, sin embargo, no podía renunciar á su inveterada costumbre de ir todos los días á distraer algunas horas, con Hiénard. Llegaba, estrechaba la mano de su amigo, se quitaba la americana, se vestía una blusa y después de cargar una pipa se ponía á trabajar quitando los lienzos húmedos que envolvían la obra comenzada; porque nunca estaba ocioso y siempre tenía entre manos, un grupo, una figurita ó un jarrón.

Al principio, su mujer quiso demostrarle que, ya que tenía una casa, un hogar, no debía vivir instalado continuamente en el estudio de Hiénard; y, en efecto, Frégose procuró pasarse todo el día en su taller; pero aquello le apenaba, su mano se ponía nerviosa, sus ideas se indisciplinaban y perdía la confianza en sí mismo. Necesitaba el contacto de su

amigo, los consejos de su maestro. Bajo los ojos de Hiénard tornaba á ser el artista sólido y seguro. Clementina comprendió su debilidad, se la perdonó sonriendo y le dejó trabajar libremente y á su antojo.

Aquel día llegó Frégose cuando Hiénard estaba absorto arreglando unas líneas, y para no molestarle le dió los buenos días brevemente, cogió una silla y se sentó, mirando, sin hablar, la obra de su amigo. Era una alegoría poética y severa del invierno, cubriendo la naturaleza con su sudario de nieve. En un ángulo, junto al tronco de un árbol despojado de sus hojas y cuyas ramas parecían tembléquetear sacudidas por el cierzo, dos niños tiritaban extendiendo sus manecitas sobre una pequeña fogata. Al fondo, en el bosque, algunas mujeres recogían leña, mientras un leñador trabajaba con el hacha en la mano. Á uno y otro lado, varios patinadores se deslizaban con rapidez vertiginosa sobre el hielo, y los danzarinnes giraban enloquecidos por la embriaguez del baile. Y, sobre aquellos placeres de los ricos y aquellos sufrimientos de los pobres, planeaba el invierno sombrío y crudo, con sus rigores inevitables. El aspecto libre y realista de los personajes, la sencillez de la composición y la poderosa firmeza de las figuras, convertían á aquel bajo-relieve en una obra digna de los mejores maestros.

Frégose, absorto en su contemplación, permanecía

inmóvil y mudo, subyugado por el hechizo de la obra y disfrutando de un intenso placer. Hiénard tiró su formón, echó en el remojadero una bolita de tierra que tenía en la mano, y exclamó volviéndose hacia Frégose:

— ¡Hola, Frégose!... ¿Qué cuentas, querido?...

Frégose pareció despertar de su sueño y repuso con voz conmovida:

— ¿Estás contento de tener tanto genio?

— ¡Ah, ah!... Eso quiere decir que te gusta, Frégose. ¿Ves? He rehecho el grupo de los niños. No estaba bien... y me aburría. Esta mañana lo eché todo á rodar... Creo que así está mejor, ¿verdad?...

— ¡Oh, Hiénard! No se ha hecho nada semejante desde Donatello y Ghiberti.

— ¡No digas tonterías!

— ¡No, no! yo sé lo que digo. Ese bajo-relieve es una obra maestra. ¡Qué suerte la de ese Oppenheimer; tener diariamente ante los ojos esa maravilla!...

— Yo haré un vaciado y te lo daré, para que también la tengas tú.

Á Frégose se le arrasaron los ojos en lágrimas:

— Para que veas, yo desaría guardar en casa á esos dos chiquillos admirables, para que mi Clementina los viese, se familiarizase con ellos y me diera un Frégose pequeñín que se pareciese á mí. ¡Qué hermoso!

— ¿Y tu mujer está bien ?

— Muy bien.

— ¿Ya no está celosa de mí ?

— Te quiere demasiado para atreverse á eso.

— Pero me parece que no tienen ustedes arreglo, señor Frégose. Ya son las tres de la tarde y acaba usted de llegar...

— Es cierto, hoy vengo retrasado. Figúrate que ha ido á visitarnos el marido del ama de cría de Clementina, y que le he convidado á almorzar. Es un buen hombre, pero algo charlatán...

— ¿Y qué hace ?

— ¡ Ah... está en la prefectura de policía...

— ¿ Empleado ?

— Si tú quieres...

— ¿ Cómo, si yo quiero ?...

— ¡ Diantre, sí !... ¿ Puede considerársele como empleado ? Es inspector, agregado á la primera división de la policía...

— ¿ Es agente de orden público, eh ? Eso es lo que te molesta.

— Un poco. Pero, sin embargo, es preciso...

— Sí, amigo mío, es preciso. En todas partes hay gentes honradas.

— ¡ Claro !

— ¿ Qué servicio hace especialmente ese individuo ?

— Pertenece á la brigada del juego.

— ¡ Ah ! — dijo Hiénard interesándose súbitamente ;  
— explícame eso.

— ¡ Ea, ya estás como yo estaba esta mañana ! Esa gente sabe muy bien por dónde camina, y cuando se les habla de su profesión, si tienen confianza contigo, te refieren aventuras y secretillos extraordinarios... Imagínete un hombre que conoce todas las triquiñuelas de los naipes, todas las socaliñas y artimañas de los pillos ; pero que las conoce todas, sabes ? todas...

— En efecto, debe de ser muy curioso oírle hablar...

— ¡ Es una especie de folletín, á lo Montépin ! Sabe aventuras de rateros, entiendes, que se presentan al regreso de las carreras de caballos, ó en ferrocarril, que son de primer orden...

— ¡ Pues mira, Frégose ! Es necesario que me presentes á ese hombre. Me gustaría oír todo eso de sus labios.

— Cuando quieras. No se hará mucho de rogar, porque tiene una admiración por ti... Cuando supo que te conocía, que eras mi amigo y mi maestro... ¡ Ah ! debo decirte que es un corso... antiguo agente de seguridad, y que se llama Amoretti... Cuando habla de tu *Napoleón moribundo*, se le llenan los ojos de lágrimas...

— ¡ Vamos, eso me gusta !

No dijo más, recogió su formón y continuó trabajando. Estaba preocupado. Frégose lo comprendía

pero, según costumbre, esperaba á que Hiénard le confesase su pesadumbre. Mas la confidencia no vino, y como la noche se echaba encima, el escultor cogió un buche de agua y humedeció la arcilla del bajo-relieve, cubriéndolo después con varios trozos de lienzo mojados.

— Ahí queda esto, — dijo — hasta mañana temprano.

Y como Frégose se quitase la blusa para ponerse otra vez la americana,

— ¿Dónde vas cuando salgas de aquí?

— Á mi casa.

— Te acompaño. Necesito caminar y respirar el aire.

Hacia tres meses que Hiénard estaba en París de vuelta de Dauville, y no sabía nada de lo que pudiera haber ocurrido en casa de su madre. Había visto á Devienne, quien sabía, como todo el mundo, que la duquesa estaba en el castillo de Champchevrier, según hacía todos los años en la época de la caza: pero ignoraba en absoluto las intenciones y proyectos de su madre. Por los periódicos sabía que Prédalgonde estaba en París. Iba á los tiros de pichón, figuraba en las carreras de automóviles, se le había matado un caballo en las carreras con obstáculo de Vincennes. Mas aquella era la vida exterior del Rey de París, y no su vida íntima, que era la única que le interesaba á Hiénard.

Más de una vez había pensado en ir á casa de la

señora de Sauvelys, que seguramente estaba al corriente de los proyectos de la duquesa, y tal vez conociese también los planes de Prédalgonde. La seguridad que tenía de poner á la joven en un compromiso obligándola á decidirse entre su amistad hacia él y el interés que la ligaba á Prédalgonde, detuvo á Hiénard, coartándole con una especie de pudor afectuoso. Y, sin embargo, ella únicamente podía explicarle la situación actual, favoreciéndole así en sus operaciones ulteriores.

Resolvióse al fin á vencer su repugnancia, y se encaminó hacia el domicilio de la señora de Sauvelys. La baronesa vivía en la calle de Velázquez, en un precioso entresuelo cuyos balcones caían sobre el Parque Monceau. Allí vegetaba tranquilamente, servida por dos viejos criados de toda su confianza, libre como un muchacho y disfrutando como un artista de todos los placeres de París. La señorita Maréchal venía á buscarla casi diariamente, y luego se iban juntas á donde se les antojase: á las reuniones mundanas, á las exposiciones, á los conciertos, al Bosque, á los almacenes, bromeando una con otra, felices de verse juntas.

Aquel día se preparaban á salir á pie, seguidas por el coche de la señorita Maréchal, para poder subirse en él cuando quisieran. La señora Sauvelys se estaba poniendo el sombrero, cuando su doncella entró en su gabinete-tocador, diciendo:

— Señora, es el señor duque de Diernstein...

— ¿Juan? hola ¿qué le ocurrirá? Ahora se divierte haciendo visitas... Querida amiga, vaya usted al salón á recibirle... En seguida soy con usted... No se quite usted el abrigo, así comprenderá que íbamos á salir.

La señorita Maréchal atravesó la alcoba de su amiga, abrió la puerta del salón y vió á Hiénard entretenido en examinar atentamente una antigua figura de bronce colocada sobre una mesa.

— Buenos días, querido maestro, — dijo alargándole la mano al escultor; — la señora Sauvelys viene en seguida. ¿No es cierto que esa estatuilla es muy bonita? Es una muestra de las excavaciones que mi padre está haciendo en Corinto... Tengo en casa un torso de mármol que estoy segura que había de interesarle á usted : lo atribuyen á Phidias.

— ¿Se ocupa usted de arqueología? — preguntó Hiénard con curiosidad, mientras manoseaba la figurilla examinando los detalles y el colorido.

— Yo no, — repuso la hija del senador; — me han traído ese pedazo de escultura y lo guardo.... pero maldito lo que me importa.... Si usted quiere, se lo doy, como le he dado á la señora de Sauvelys este Hérmes; porque eso es un Hérmes.... Ha perdido el caduceo, pero le quedan las alas en los talones....

— Muchísimas gracias, — dijo el escultor; — pero ese torso tiene, seguramente, un grandísimo valor, y debe usted conservarlo.

— Le confieso á usted humildemente que todos esos cascotes me parecen horribles.... No he visto nada tan espantable como la Venus de Milo, á no ser el Hércules de Farnesio.... La única escultura antigua que me ha causado una verdadera impresión, es el Mercurio sentado del museo de Nápoles. ¡Ah! ese sí, es una obra maestra. Parece que respira; se ven los movimientos de su pecho. En cuanto á esos trozos, muestras pesadas y frías de las esculturas griega y romana, que nos enseñan con tanto entusiasmo.... Prefiero una estatuilla de Tanagra, ó esta figurita, ó un hermoso vaso etrusco.

— Señorita, está usted emitiendo opiniones subversivas.... que no estoy muy lejos de admitir.... ¡Chist! pero no lo diga usted, me desacreditaría.

Los dos se echaron á reír. En aquel momento entraba la señora de Sauvelys.

— ¡Hola, veo que no se aburren ustedes! — dijo, — ¿cómo sigue usted, gran hombre?

— ¿Van ustedes á salir? — preguntó Hiénard; — porque yo no soy obstáculo. ¿Dónde iban ustedes?

— Á ninguna parte : delante de usted.

— ¿Quieren ustedes que las acompañe?

— Ciertamente.

— ¡Pues, ea, vámonos.

Bajaron la escalera. El cupé de la señorita Maréchal esperaba delante de la puerta cochera. El cochero ya conocía la costumbre de las dos mujeres; las

dejó tomar una ventaja de cien metros y después las siguió al paso. Hiénard iba en medio de ellas, y bajaban la calle Velázquez, en dirección al parque Monceau.

Bien pronto quedó entablada la conversación.

— ¿Qué quería usted preguntarme, Juan?... porque no creo que haya ido usted á casa únicamente por el placer de verme....

— Tiene usted muy mal concepto de mi galantería....

— ¡Vamos, hablemos seriamente! ¿De qué se trata?

Y como vacilase en contestar.

— ¿Le estorbo á usted? — preguntó la señorita Maréchal; — ¿quiere usted que me vaya á mi coche durante algunos minutos? Cuando acaben las confesiones, me llaman ustedes.

— No, señorita, — repuso Hiénard, — puedo hablar delante de usted. Usted vive en la intimidad de la baronesa, y en cuanto á mi confianza, ¡ay! no tengo necesidad de otorgársela á usted, mi secreto rueda por las calles y todo el mundo lo conoce mejor que yo.

Hubo un momento de silencio, y Hiénard continuó:

— Quisiera saber, por un conducto que no fuese el de los periódicos, lo que hace mi madre.

— Está en Champchevrier, — repuso la señora de Sauvelys; — pero es probable que este año no perma-

neerá allí mucho tiempo. El campo, como usted sabe, la aburre mucho, y todo la atrae hacia aquí. Me ha escrito invitándome á pasar una semana en su compañía, é iré, seguramente.

— ¿Nada ha cambiado en su situación?

— Nada.

— ¿Su carta era triste?

— No.

En aquel momento pasaban por delante del puentecillo de ladrillo que parece un Rialto en miniatura, y bajo el cual corre mansamente un arroyo que vierte sus aguas en un lago rodeado por una serie de columnatas ruinosas. Había varios niños que jugaban con la arena vigilados por institutrices charlatanas; y algunas palomas torcaces de buche dorado, pico rosáceo y ojo brillante, se paseaban sobre la hierba espesa y menuda bañadas por un rayo de sol. Las hojas, de color rojizo, caían una á una, dando vueltas, y los jardineros empezaban á empajar las plantas frioleras. Una neblina grisácea y tenue envolvía aquella bonita decoración con un velo de melancolía otoñal. La impresión que experimentó Hiénard se armonizaba tan bien con su pensamiento, que siguió andando y sin hablar, rendido, acobardado, presa de uno de esos accesos de nostalgia que le inspiraban hacia la sociedad un profundo menosprecio.

La señorita Maréchal lanzó sobre el joven una

mirada rápida, y su fino entendimiento tuvo la intuición de lo que le sucedía. Sintióse emocionada por un intenso sentimiento de conmiseración, pero no pudo aminorar, sin embargo, la causticidad ingénita de su carácter, y exclamó con acento agresivo y mordaz:

— La vida nunca es buena del todo, y aquellos para quienes es más dulce, parecen empeñados en destruir la armonía de las circunstancias felices que pudieran proporcionarles un bienestar relativo. Ya ve usted, señor Hiénard, para ser dichoso, basta el espíritu y sobra el corazón. El espíritu permite decir horrores de los demás, y la falta de corazón nos haría invulnerables á las atrocidades que los ofendidos nos dirigiesen. Póngale usted cota de malla á su corazón y aguce su entendimiento; esto es lo que la prudencia aconseja. De otro modo será usted muy desgraciado, y lo que es peor; tendrá usted la culpa de serlo.

— Señorita, — dijo Hiénard, — hago lo que puedo y me pesa. Nací muy sensible, y obro instintivamente, sin meterme en honduras psicológicas. Siempre me doy cuenta exacta de las cosas, después que han sido hechas ó dichas. ¿Qué quiere usted? No soy fuerte. ¡Y usted me aconseja que aguce el entendimiento! ¡Ay! antes sería necesario que lo tuviese....

— ¡Oh, oh, qué abatimiento! — exclamó la señora Sauvelys.

— Esto es tristeza y cansancio. ¿Qué diría usted si todo lo echase á rodar?

— Que era una solución, — repuso la señorita Maréchal: — pero sepamos antes lo que entiende usted por « todo »....

— ¡Pues bien, todo! el sentimiento del deber, el respeto de mí mismo, la despreocupación, el desprecio del honor; y el abandono de todo eso constituiría un, qué se me importa á mí, absoluto, que me haría indiferente á cuanto me afectase directamente ó personalmente.

— ¡Eh, eh, esa es una teoría que puede defenderse! — exclamó la señorita Maréchal.

— Y que es, sobre todo, muy cómoda, — añadió la señora de Sauvelys.

— ¡Ah, yo desearía tener el egoísmo suficiente para practicarla! Ya lo he procurado, pero no puedo. Hay en mí algo que se rebela contra ese indiferentismo. No quiero parecer más virtuoso de lo que soy. Es un efecto físico cuyas consecuencias toco y contra el cual me es imposible luchar. La cólera me domina, la sangre se enardece, mi corazón late, y á despecho mío, tengo que ocuparme de lo que desearía olvidar, inquietándome de lo que no querría saber, y á pesar de mis juiciosas reflexiones sigo interviniendo en un asunto que no me proporcionará más que trabajos, pesadumbres y tal vez, peligros.

Las dos mujeres caminaban sin responder. Avan-

zaban los tres en aquel momento por la Avenida Hoche, y ante ellos aparecía la maciza silueta del Arco de Triunfo, recortándose sobre el cielo pálido. La señorita Maréchal se atrevió á decir:

— Esa es la historia eterna. El hombre camina perpetuamente al encuentro de su destino. Es inútil querer luchar contra el instinto, único y todopoderoso. Ante él, los triunfos de la razón son inestables, según acontece aún á las personas más sensatas. Únicamente los seres excepcionales, casi estaba por decir, los hombres de genio, son los que llegan á subordinar completamente la materia al espíritu. ¿Y no es de presumir que algunas veces, en el misterio de su conciencia, también se hunden y aniquilan los bellos andamiajes de su raciocinio? Creo que, á hurtadillas, se olvidan de la razón pura para revolcarse en las inconsecuencias morales, como los horricos sobre la hierba. Los filósofos dicen lo que quieren, pero sólo hacen lo que pueden. También son hombres y como tales, susceptibles de debilidad y de error.

— Hablando claro y en resumidas cuentas, — dijo la señora de Sauvelys; — ¿lo que le preocupa á usted es la asiduidad con que el señor Prédalgonde corteja á la duquesa de Diernstein?

— No, querida amiga, — repuso Hiénard; — lo que me inquieta es la personalidad del señor de Prédalgonde.

La señorita Maréchal se golpeó la punta de su bolita con la contera de su sombrilla, y lanzó una especie de silbido que no era una exclamación, ni una protesta, ni un signo de reproche, y que participaba, no obstante, de las tres cosas. La joven parecía querer decir: — ¡Oh, oh, cuidado, amigo mío! No siga usted, aún es tiempo de echarse atrás!... Todo esto significaba aquel silbido tan ligero como expresivo.

— Quiero saber lo que hay de cierto en lo que murmuran del señor de Prédalgonde. Y según lo que averigüe, así procederé.

La señorita Maréchal golpeó de nuevo la punta de su bota con el extremo de su sombrilla y volvió á silbar, pero con más fuerza. Un silbido irónico que pasaba por entre sus labios desdeñosos. Parecía significar: ¡Cómo! ¿Más habladurías? ¿Y sobre ellas piensa usted cimentar su opinión? Me parece usted un mentecato, señor Juan Hiénard, y estoy por perderle la estimación que le tenía. Me habían dicho que era usted un original diferente de todo el mundo, y veo que está usted haciendo tonterías. ¡Lo siento!

— Pues si quiere usted vigilar al señor de Prédalgonde, — repuso la baronesa, — tendrá usted que irse de París, porque me han dicho que se preparaba á salir para el Mediodía.

— ¿Cómo es eso?

— Sí, tendrá el proyecto de hacer un gran viaje

en su yate á principios de noviembre, para recorrer las costas de Argel y de Egipto.

— ¿Entonces?

— Entonces, ya ve usted. No hago más que repetirle lo que me han dicho. Saque usted la conclusión.

— ¿Es que mi madre se va con él?

— Á menos que... Dios mío, á menos que no hayan reñido y el viaje del señor de Prédalgonde sea una prueba de la ruptura...

— ¿Y esa ruptura, la habrá provocado él?

— Así se dice.

— ¿Y qué razones se aducen?

La señorita Maréchal se apresuró á responder:

— Acerca de eso, querido señor, corren varias versiones. Unos dicen que la duquesa sorprendió á Prédalgonde con una señorita de virtud dudosa, joven y muy bella... De aquí la escena, con separación y luto, como si hubiesen enviudado... Otros aseguran que el hermoso Roger pretendió casarse, que su proposición fué rechazada, y que entonces, vencido y humillado, quiere alejarse y anuncia su próximo viaje. Finalmente, los más maliciosos sostienen que deben unirse las dos historias para conocer la verdad exacta, y que es, poco más ó menos, la siguiente: Prédalgonde se habría arreglado con alguna muchacha para exasperar á la duquesa, y habrá hablado de irse para romper todas las resistencias y llegar pronto á su fin, que es un matrimonio

lucrativo. ¿Usted quería saberlo todo? Pues ya lo sabe usted.

La señora de Sauvelys añadió emocionada:

— No olvide usted que esas no son más que murmuraciones.

— Pero que parecen muy probables, — replicó la señorita Maréchal.

— Usted odia á Prédalgonde, — dijo la baronesa con tono de reproche.

— Yo no le odio; al contrario, me interesa. Ese muchacho es una fuerza. Pero yo no me engaño acerca de él, y me parece un soberbio canalla.

— ¿Y cómo se puede afirmar eso sin tener una prueba?

— Esa prueba, puesto que hace falta, — exclamó Hiénard, — yo la proporcionaré.

Habían llegado á la plaza de la Estrella. Las dos jóvenes se detuvieron esperando su coche. La baronesa estaba pensativa y la señorita Maréchal observaba á Hiénard. Nunca había sentido por nadie una simpatía tan viva, tan intensa. Aquel muchacho realizaba completamente el ideal que ella se forjó del hombre digno de ser amado. Era joven, guapo, sencillo, desinteresado y célebre. Su carácter independiente también era un incentivo. Desde hacía un momento germinaba una idea en el espíritu de la joven, viendo al escultor tan triste, y al mismo tiempo, tan resuelto. Dirigirse á Prédalgonde de parte

del escultor, era una locura, un peligro gravísimo, pues nadie la ayudaría ni la defendería contra el altivo y temible aventurero. ¿Por qué, poniendo su *dilettantismo* á la altura de la audacia de Hiénard, no iba en su socorro en aquella lucha que quería emprender? ¡Ayudarle á destronar al Rey de París!... ¿Por qué no?... ¿No sería esto un interés poderoso que endulzase el fastidio y el vacío de su existencia? Una sonrisa pasó por sus labios; volvióse hacia Hiénard y dijo mirándole con sus ojos claros y escudriñadores:

— ¡Por mi fé, que me gusta esta calaverada, y quiero ayudarle á usted. ¿Cómo? Ese es mi secreto. Pero, desde este momento, esté usted seguro de que tiene una aliada.

— ¿Qué pretende usted hacer? — preguntó la señora Sauvelys con inquietud.

— Ya lo verá usted, querida mía. Pero, permítame usted que la sorprenda. Adiós, señor Hiénard. Hoy hemos hablado muy mal de la humanidad; á nuestro juicio, el egoísmo era el único sentimiento envidiable, y hasta creo que hemos gritado: ¡Ay de los que tienen corazón! Estoy por creer que aquello no era más que psicología, y de la mala. De todos modos voy á probarle á usted que si hay hombres buenos y osados, también hay mujeres atrevidas.

Sin esperar la respuesta del escultor saludóle con un gracioso movimiento de cabeza, hizo subir á la

baronesa al cupé y después se sentó á su lado. Hiénard cerró la portezuela con perfecta tranquilidad, y dijo:

— ¿Dónde van ustedes?

— Al Bosque.

— Cochero, al Bosque. Adiós, señoras.

Saludó, púsose el bastón debajo del brazo, y echó á andar á buen paso hacia los Campos-Elíseos.

Al día siguiente, á eso de las diez, estaba Hiénard trabajando, cuando apareció Frégose acompañado de un hombre como de cincuenta años, muy moreno, con la barba y el pelo entrecano, la mirada penetrante y el color pálido; parecía un militar vestido de paisano.

— Amigo mío, — dijo Frégose, — te presento al marido de la nodriza de Clementina; el señor Amoretti, que deseabas conocer.

El agente policiaco ensayó una sonrisa y se deshizo en cariñosas demostraciones que atestiguaban el respeto que Hiénard le inspiraba. Éste, con las manos llenas de tierra, avanzó hacia el visitante y dijo indicándole una silla:

— Ruego á usted, caballero, que se siente. Tengo muchísimo gusto en conocerle. Frégose me ha hablado mucho de usted... y es posible que usted pueda hacerme un servicio.

— Hable usted, señor; me consideraré feliz si soy capaz de servirle.

— Usted es capaz, ó Frégose me ha engañado al encomiarme los conocimientos de usted.

— ¿ Se trata, entonces, de un asunto de mi oficio?

— Sí y no. Me explicaré. Yo abrigo acerca de un individuo, cuya personalidad le explicaré á usted luego más claramente, algunas sospechas que me inducen á creer que es, nada menos, que uno de los caballeros de industria más hábiles que figuran en el mundo de los jugadores. La competencia de usted es indiscutible, porque Frégose me ha dicho que usted conoce á toda esa gente. Pero advierto que no pesa ninguna acusación determinada sobre el individuo de que hablo. No se trata de seguir una pista, y por tanto, tal vez la cuestión no sea ya de su competencia. Si yo le pido á usted revelaciones que puede hacerme, dígamelas francamente, y entonces procuraremos, de común acuerdo, llegar por otro procedimiento cualquiera, al conocimiento de la verdad.

— ¿ De qué individuo se trata?

— De un hombre de mundo.

— ¿ Que se llama?

Hiénard vaciló un momento, aunque estaba bien resuelto á seguir hasta el fin á riesgo de todo.

— Esté usted tranquilo, — dijo entonces Amoretti, — lo que usted me diga nadie lo sabrá... Puede usted hablar sin reservas...

— ¡ Pues bien! se llama, el marqués de Prédalgonde.

Amoretti no pestañeó, pero Frégose abrió los ojos desmesuradamente, pareciéndole que una mano sacrilega cogía el mismísimo libro de los blasones de Francia. El sencillo muchacho, sin embargo, tenía confianza ciega en su amigo.

— ¿ Es miembro de algún círculo?

— De varios. Es socio del *Épatant*, del *Yacht* y de *La Unión*.

Amoretti hizo un gesto.

— Círculos cerrados. Sólo sabemos lo que ahí sucede cuando vienen á contárnoslo. Pero no tenemos ni ojos ni oídos. ¡ Ah! si vuestro hombre fuese al *Filadelfia*, á *Los Allumeurs* ó al *Coronel*, en veinticuatro horas le informaba á usted de todo... Pero en esos círculos es muy difícil. Los únicos que pueden referirnos algo son los mozos del juego y los espoliques ¡ y eso!...

— ¿ Cree usted que en esas bancas se pueden hacer trampas?

— En todas partes se hacen, y de tantos modos... Desde el papirotazo infantil y el sencillo candelerazo, hasta la fullería del nueve de copas ó la colocación de un naipe en puerta. Pero esta última, que es un golpe temible porque proporciona una ganancia inmediata y continuada, es imposible, á mi juicio, en esos círculos, que tienen cartas especiales, timbradas

con sus iniciales y de un color determinado. Sería necesario, por tanto, proporcionarse barajas. ¿En dónde? ¿En la Régie? No. ¿En los círculos? Era preciso ponerse en relaciones con el gerente ó el mozo del juego, ó tener la llave del mueble en que las barajas estén guardadas... Porque ahora hay artefactos automáticos, de hierro, para encerrar las barajas... ¡ No; todo eso es muy eventual! y se expone uno á graves *chantages* por parte de los cómplices...

— ¿ Pero, sin embargo, se hacen trampas? — repitió Hiénard con insistencia.

— Sí, señor; se hacen trampas.

— ¿ Y, cómo?

— Eso es lo que es necesario descubrir, porque cada tramposo emplea un procedimiento especial; y estudiando esos procedimientos es como pasamos el tiempo.

— ¿ Pero usted conocerá á los principales fulleros de París?

— Sí, señor; nosotros conocemos á los filósofos y á su jefe, que es un tal Rémy.

— ¿ Y cómo, conociendo á ese Rémy, no le prende usted?

— Pero, señor, para prender á alguien, es preciso tener una orden, y para lanzar esa orden se requiere un delito ó un crimen, es decir un hecho material. De modo que, aunque tengamos la certidumbre moral, el hecho mismo que constituiría el delito, nos

falta casi siempre. Se puede decir que esas gentes son inapresables, y cuanto más en grande trabajan, menos poder tenemos sobre ellos. Se detiene á un trapacero de menor cuantía, y no se prende á un caballero de industria de alto copete. Si las gentes que juegan supiesen todos los riesgos á que se exponen y la poca garantía que tienen... Pero los jugadores son capaces de jugar con el Diablo, aunque los naipes les quemem los dedos.

— ¡ Pues bien! señor Amoretti, ¿ esa vigilancia que no puede ejercer en un círculo cerrado, puede usted organizarla fuera?

— Sí, señor, ciertamente.

— ¿ Podría usted saber lo que hace el señor marqués de Prédalgonde?

— Sí, señor.

— ¿ Y también lo que hace su tío el señor conde San-Vicente?

— Espere usted que tome nota: ¿ Usted conoce las señas de esos caballeros?

Hiénard hojeó el Todo París, y repuso:

— El señor conde de San-Vicente vive, boulevard Haussmann, 22; el señor de Prédalgonde, avenida de Antin, 37.

— Todo está comprendido, caballero. Pero no se ilusione usted acerca del resultado de las investigaciones que voy á emprender, porque probablemente será negativo.

— Ya veremos. De todos modos, le quedaré á usted muy agradecido.

— Entonces, dispéñseme usted, señor, que le deje; voy á emprender hoy mismo la tarea. En el caso en que tuviese que pedirle á usted algún informe, ó que comunicarle algún hallazgo, vendré en seguida á verle.

— Mi puerta siempre estará abierta para usted, á cualquier hora.

— Perfectamente.

Amoretti salió del estudio conducido por Frégose. Después de un breve instante el escultor volvió. Sentóse silenciosamente al lado de su amigo, y luego exclamó cual si no pudiese resistir la violenta preocupación que le turbaba :

— ¿Qué asuntos de juego son esos en que quieres meterte? Tú no eres jugador, Hiénard. ¿En qué pueden interesarte las fullerías de esos bribones?

— Me interesan extraordinariamente. Imagínate, Frégose, que en el momento en que hubieses visto á tu Clementina á punto de casarse con otro, alguien hubiese venido á decirte : — Vuestro rival es un bandido. ¿Hubieras procurado adquirir pruebas de ello?

— ¡ Ah, ciertamente! Pero tú, Hiénard, no estás enamorado.

— ¿Y qué, el amor es el único acicate de la actividad humana?... También lo son el odio, la envidia, el...

— Tú no tienes odios, ni envidias...

— ¿Tú qué sabes? Yo no te he referido mi vida; ignoras muchos secretos de mi pasado y aun de mi presente.

— ¿Tienes algo que ocultar?

— Sí, amigo mío, y algo muy triste. Tú te has preguntado muchas veces por qué yo vivía separado del mundo, y cómo había roto con mis antiguas amistades. Yo te di explicaciones que te bastaron, pero que no eran completas. Para que veas, en este momento me encuentro en una de las situaciones más difíciles que pueden presentarse.

— ¿No puedo ayudarte yo? — gritó Frégose con arrebató : — ya sabes que puedes disponer de mí, como de ti mismo.

— Sí. Nunca he dudado de que no estuvieses pronto á secundarme en el instante preciso. Pero no desconozco que la aventura en que me estoy comprometiendo es muy peligrosa, y tanto temo por mí como por los demás...

— ¡ Ah, Hiénard, qué pena me causas! ¡Cómo! ¿Tú no me expondrías á un peligro que te amenazase á ti? ¡ Eso no está bien!... No merezco que me trates como á un indiferente. Cuanto más difícil sea lo que vas á acometer, más necesitas estar rodeado de gente de confianza... No sé cómo explicarlo, pero eso que le has indicado á Amoretti me induce á pensar que se trata de personajes importantes y peligrosos... ¿Son dos?...

— ¡Ay, Frégose! Me parece que son más de dos...

— ¿Una partida, entonces?

— Querido muchacho, es muy posible que hayas acertado.

— ¡Ah, ya! pero...

Frégose no concluyó su pensamiento, sumiéndose en una meditación profunda. Hiénard, nervioso, se paseaba por el estudio. Detúvose delante de su bajo-relieve, lo examinó minuciosamente y murmuró:

— Nosotros fuimos creados, sin embargo, para trabajar, y no para oficiar de alguaciles.

— ¿Ese conde de San-Vicente y ese marqués de Prédalgonde de quienes hablabas hace un momento, son tus enemigos?

— No, no son enemigos míos: quien es enemigo de ellos, soy yo. Si permanezco inactivo y les dejo ejecutar sus proyectos con toda tranquilidad, no se ocuparán de mí y sólo oiré hablar de ellos una vez que el golpe esté dado. ¡Ah! lo que más temen es mi intervención, que puede desbaratar todos sus planes... Por eso les creo capaces, con tal de impedir que yo intervenga...

— ¿No será de atentar contra tu vida?

— ¡Eh, eh! Frégose; ¡quién sabe!...

— ¿Pero qué aventuran ellos en este asunto?

— ¡Ay, querido amigo! de sesenta á ochenta millones, por lo menos... ¡Y yo he oído hablar de gentes que han matado por veinte francos! Calcula...

— Y ese dinero, Hiénard, ¿á quién pertenece?

— Á mi madre, amigo mío, — dijo gravemente el escultor, — y por eso no quiero que esas gentes ejecuten su plan. No porque en ello se juegue una fortuna inmensa, porque esa fortuna ya no es mía y á mí, bien lo sabes, el dinero no me preocupa; sino porque se trata de la dignidad de aquella á quien debo el ser, del honor del nombre que lleva y que fué el de mi padre. En fin, Frégose, porque todo lo que hay dentro de mí se subleva ante la idea de que esa pobre mujer caiga en las manos de semejantes bandidos. Yo arriesgo la piel, pero juro que ellos también exponen la suya. Cuando emprenda la lucha me lo jugaré todo, y entonces, pardiez, será necesario que caiga el perdidoso. Confiamos en que éste no será yo.

— Todo eso que me cuentas, Hiénard, me emociona profundamente. ¿Es posible que en la sociedad en que vivimos haya enredos semejantes? Eso lo he leído en los libros, pero creí que eran puras invenciones. Es verdad que delante de los tribunales se desenvuelven verdaderos dramas, mas uno se resiste á creer que nos codeemos en la vida diaria con bribones dispuestos á todo.

— Si uno supiese, Frégose, á punto fijo, de qué está compuesta la humanidad, nos iríamos á vivir al desierto, y nuestra ignorancia es lo único que nos hace soportable la existencia en común.

— Me alegro de haberte presentado al señor Amoretti; su participación en el asunto que meditas me tranquiliza un poco. Pero eso no me basta, y exijo, absolutamente, que te sirvas de mí. Tengo buenos pies y buena vista, y no dejaré que te atormenten. ¡Ah, no lo creas! Soy incapaz de levantar la mano contra nadie, pero me enfurezco ante la idea de que puedan causarte el menor daño.

— No te sulfures, que aun no es tiempo. Estate tranquilo; cuando sea preciso obrar, te avisaré. ¿Pero, qué dirá tu Clementina?

— ¡Clementina, — gritó Frégose, — se pondrá más furiosa que yo! Pero no la diré nada, para que me deje maniobrar libremente. Y, ya sabes, yo he sido obrero, y las bregas largas no me amedrentan.

— ¡Ay, compañero! Las bregas largas son lo de menos: lo que temo son las bregas sucias.

Se había detenido delante de su bajo-relieve y cogió los utensilios del trabajo. Después dijo levantando la cabeza:

-- En fin, nadie sabe lo que puede suceder; y estoy satisfecho de haber acabado este grupo.

## IX

Como ocurre siempre en todas las comidillas mundanas, las noticias dadas á Hiénard por la señora de Sauvelys, eran erróneas en parte y en parte verdaderas. El apuesto Roger había manifestado, en efecto, su intención de viajar durante todo el invierno por las costas africanas, pero esto no obedecía á que la señora de Diernstein se hubiese negado, en absoluto, á aceptarle en matrimonio. Prédalgonde era más lince de lo que imaginaban los que le creían fraguando una combinación vulgar, y se hubiese sentido humillado si le hubieran dicho que el vulgo le acusaba de un medio de *chantage* tan insignificante. Su plan era más artístico y más bello. Entretanto, cuidaba de su persona, procurando ser superior en todo.

En cuanto regresó á París y desde que empezó la temporada de caza, mientras la duquesa se instalaba en Champchevrier, salió Prédalgonde para Nièvre, donde le esperaba el general Azzaréga, expresidente de la República de Chile, en cuyas posesiones estuvo cazando perdices rojas durante ocho días. De allí tomó el ferrocarril para Hurtebise, en donde estuvo